



cuyo objetivo final al invadir la tierra no era asentarse en ella: más que una posesión, el Güero veía en la Jaramillo un detonador para iniciar la lucha armada. "Pensaba —refiere Elena Poniatowska— sentar su primera base de apoyo en la Jaramillo, convertirla en territorio libre dentro del Estado de Morelos y buscar después otra base, un pueblo aquí, otro allá, desde el cual partir para levantarse en armas siguiendo el esquema chino".

Con la misma convicción con que el Güero Medrano atacó el alcoholismo en la Jaramillo, no sólo prohibiendo la venta de bebidas embriagantes en la colonia sino también dando órdenes estrictas de no dejar entrar en ella a quienes llegaban ebrios, con esa convicción apoyó a las mujeres cuyas jornadas, decía, no eran de ocho horas sino de dieciséis, de dieciocho sin sobrarles tiempo para vivir, y cuya falta de seguridad en la colonia lo indignaba: "Basta —gritó un día en una asamblea— de abusar de las mujeres. No toleraré uno solo. El colono responsable quedará inmediatamente expulsado. 'Ninguna mujer debe sentirse mal en la Jaramillo, podrán caminar en la noche, con la certeza de que nada les va a pasar' ". Y muchas mujeres solas encontraron la posibilidad de tener una casa para ellas y sus criaturas y, todavía hoy, permanecen en la colonia. Jamás han sido molestadas.

En la madrugada del veintiocho de septiembre de 1973, unas cuantas horas antes de que entrara el ejército en la Jaramillo, desapareció el Güero. La Jaramillo no sólo había demostrado que un grupo humano puede oponerse al gobierno sino también convertirse en fuerza política.

Cinco años más tarde el Güero Medrano sería muerto por el ejército en la Sierra de Oaxaca, y su gente, o está muerta o

purga una condena de cuarenta años, acusada de plagio, homicidio, robo, asalto a mano armada y asociación delictuosa.

Elena Urrutia

Rosario Ferré: *Sitio a Eros*

Rosario Ferré, escritora puertorriqueña, es conocida en México por algunos ensayos publicados en revistas, pero sobre todo, por dos excelentes textos narrativos: *La caja de Pandora* (México, Grijalbo, 1976), y *La caja de Cristal* (México, La máquina de escribir). Recientemente apareció un libro de ensayos, *Sitio a Eros* (México, Joaquín Mortiz, 1980), en el que la autora escoge a varias mujeres escritoras, militantes, artistas, con la intención de presentarlas al público, sin otro denominador común que el gusto personal que tiene por ellas. Esto es válido, porque en la escritura importa menos el tema o la razón para hacerlo que cómo se haga. Y aquí radica precisamente el problema del libro.

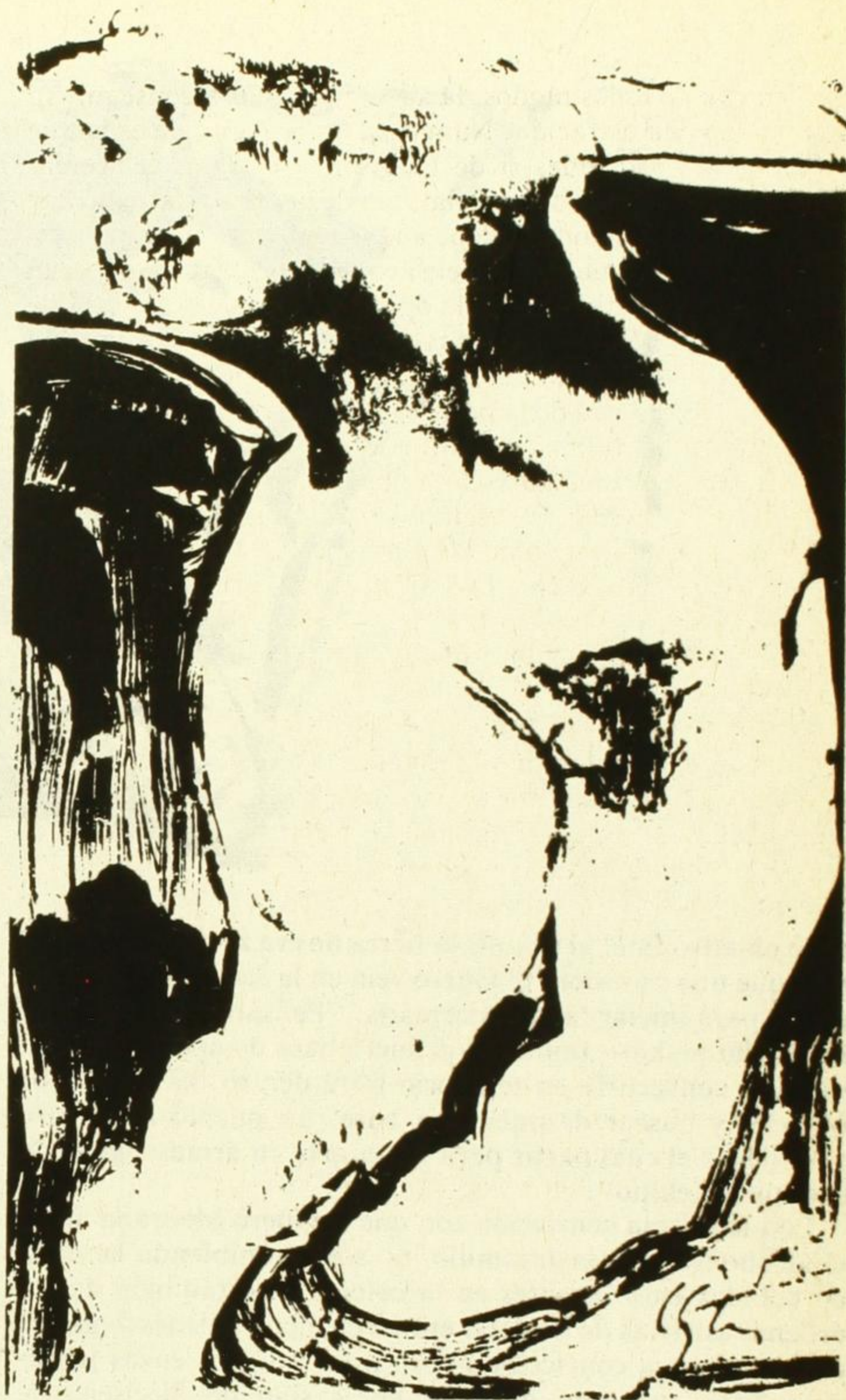
El texto está dividido en dos partes principales: una teórica y otra de casos concretos. En la primera parte, aunque el ensayo fundamental se titula "La autenticidad de la mujer en el arte", se refiere concretamente a la escritura y las mujeres. Ferré resume lo que las feministas han venido sosteniendo durante mucho tiempo: la situación histórica se ha opuesto al desarrollo de la libertad material e interior de la

mujer, a su oportunidad de ser, a su identidad. Ferré también sostiene que —y aquí habría que revisar los lugares comunes—, la sociedad minimiza a la mujer y el hogar la empobrece, y para cumplir con su vocación, ésta ha requerido de la pasión. La pasión se convierte así en la gran fuerza y al mismo tiempo la gran flaqueza definitorias de la mujer. De lo anterior se infiere la existencia de una escritura femenina, más producto de la persistencia que de la objetividad, y cuya especificidad estaría basada en el hecho de que la mujer la ejerce en constante lucha por configurarse como ser completo, desarrollando sus posibilidades de trabajo y de amor plural. Todo esto sin embargo, debería hoy día replantearse desde una perspectiva histórica, antes de afirmar o negar la existencia de una escritura femenina. ¿Quién podría sostener que Virginia Woolf o Lillian Hellman no tuvieron precisamente las mejores condiciones para ejercer su vocación? Creo que podemos pasar por alto la cuestión de clase, del momento y lugar históricos, de la ideología, para definir el problema únicamente como de sexos. Es necesario revisar los postulados sobre los que se han sostenido nuestras ideas, antes de afirmar o negar.

Pero Rosario Ferré está bien convencida de lo que sostiene. De ahí que pueda calificar al diario como forma femenina de escritura, por el hecho de que ha sido cultivado asiduamente por las mujeres, como medio para sostener su vocación y autenticidad en un mundo hostil. Reflexiones como ésta siempre tienen parte de verdad pero son incompletas, y su peligro consiste en afirmar que, en caso de existir una escritura femenina, ésta sería sobre todo confesional, o como ella sostiene, "más de persistencia que de objetividad", con lo cual llegamos a lo que ha sido uno de los lugares comunes del anti-feminismo.

En las siguientes cuatro partes del libro, Ferré selecciona a once mujeres, no todas escritoras, unificadas más que por su obra o por su tiempo histórico, por la lucha en favor de la vocación y por la pasión depositada en ella. La forma de presentación de los personajes se da a través de datos biográficos muy sucintos, a partir de los cuales se explica la configuración de la escritura. Así la autora puede inferir de la biografía una serie de postulados que se supone sostienen las obras; por ejemplo, el Frankenstein de Mary Shelley resulta ser una lucha política contra las condiciones de la maternidad y la obra de Virginia Woolf contiene buena parte de deseos homosexuales no satisfechos. Así las novelas de George Sand resultan del deseo como arma contra la represión y la militancia de Flora Tristán es producto de una vida bastarda. Tina Modotti y Anais Nin desarrollan su obra como resultado de una búsqueda constante del ejercicio intenso de la sensibilidad, mientras que Jean Rhys y Julia de Burgos configurarían las tragedias del amor nunca bien logrado, o Silvia Plath, la de su ira contra el mundo. Y así, en todos los casos, la biografía explica a la obra.

Sin duda que no se puede eliminar a la biografía del autor como uno de los motores que determina su obra, pero



es necesario diferenciarlas cuidadosamente y no aislar, ni a la vida, ni a la obra del contexto de su tiempo, de su clase y de la ideología y, mucho menos, para encontrar en esto un justificante o una explicación. No veo ninguna razón para dar algún estatuto valorativo o analítico diferente a la obra de una mujer, por el hecho de su biografía. Habría mejor que entender las condiciones de producción de la obra y en ellas insertar por supuesto las condiciones de clase de la escritora. De otro modo caeríamos en lo mismo que criticamos: la falta de oportunidad para una valoración y un análisis de la obra como tal.

Si lo que Rosario Ferré trata de mostrarnos es que siempre ha habido mujeres valientes que han sostenido su vocación a toda costa, me parece muy válido, independientemente de las rectificaciones que podría traer el estudio de la historia para entender el "a toda costa" pero el problema ra-

dica en que de todos modos, la autora, no puede conseguir su objetivo de demostración. Nunca sabemos bien qué es lo que pretende el libro, pues si de biografías se trata, el acercamiento es demasiado superficial, y si de obras se trata, no hay estudio de ellas. Y todo se debe a la forma amorfa en que está escrito el libro, pues, si de ensayo se trata, falta una gran cantidad de investigación y de opinión crítica y si se trata de recreación literaria, carece precisamente de lo que parecía ser el eje principal sobre el que sostiene su trabajo, que sería el de la recuperación de la pasión, el de la recreación poética.

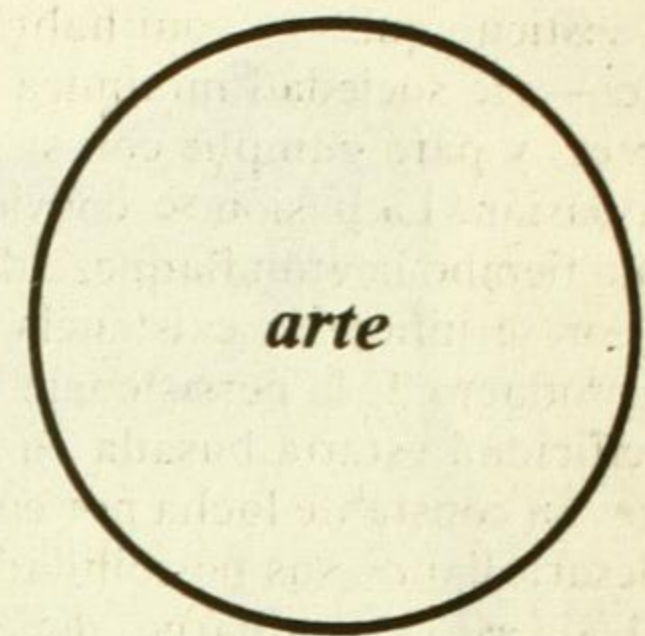
El libro desanima, deja un enorme vacío, desperdicia la posibilidad que como narradora ha desplegado Rosario Ferré en otros textos (véase por ejemplo el hermoso trabajo "Virginia Woolf o la muerte bajo las olas", *Las goteras del cráneo*, Guadalajara, año 3, No. 13-1977). Ferré pudo —y no lo hizo— rescatar pasionalmente lo que a ella le parece la columna vertebral de la escritura femenina: la pasión-vocación como oposición.

Pero es necesario agregar algo más. Mi crítica se sostiene no sólo en lo literario sino también en el hecho de que Ferré plantea repetidas veces su intención de recuperar a estas mujeres para el movimiento feminista. Debo decir que esa pretensión parte de un desconocimiento del feminismo y de una lamentable actitud de superioridad cultural. Hace muchos años que la vida y obra de casi-todas las mujeres que ella incluye en su libro, es bien conocida en todo el mundo. **América latina incluida.** Ferré escoge precisamente a las ya reivindicadas, a las que están de moda. Por eso el libro decepciona, porque da sólo migajas biográficas y migajas críticas sobre temas que nunca está de más retomar, si se lo hace creativamente y para contribuir a su enriquecimiento, en lugar de darlo en un tono para principiantes o ignorantes, que ya no somos.

Todo lo anterior me resulta doloroso, de admitir y de decir. Pero el feminismo ha llegado a un momento teórico y político en el que no todo lo que se refiere a las mujeres ni todo lo que hacen, piensan, dicen o escriben las mujeres debe aplaudirse. Ha pasado el momento de la solidaridad ciega, del "todo es bueno con tal de que nos incluyan". Ahora sabemos que de la crítica abierta y de la polémica saldrán los elementos para seguir adelante.

Rosario Ferré es una de nosotras: gran escritora, fina y sutil, dueña de un lenguaje riquísimo y de una temática interesante como mujer y como latinoamericana. Por eso no podemos permitirle que nos desilusione, que publique libros flojos donde desperdicia su capacidad narrativa. El problema no está en los temas sino en el modo en que se los trabaja, y en este texto, lamentablemente y muy por debajo de lo que ella ha hecho hasta ahora, Rosario Ferré le puso efectivamente sitio a eros en lugar de dejarlo desbordar. ♪

Sara Sefchovich



cordelia urueta, extraordinaria artista

Aunque me avergüence decirlo, conocí el nombre de Cordelia Urueta hace sólo cinco años al admirar una magnífica exposición suya en el Museo de Arte Moderno. Entonces me pareció una pintora de extraordinario oficio, notable colorista cuyo enfoque abstracto de la vida no se desvinculaba (como en el caso de otros pintores, buenos o no, que siguen esa tendencia) de la problemática humana, y poseedora de la maravillosa capacidad para expresar con los recursos del color y la forma una situación existencial que nos afecta a todos y en la cual todos podemos identificarnos de una manera u otra. Ayer tuve la fortuna de conocerla personalmente en su casa-taller, donde me recibió, y después de las horas que pasé con ella (el tiempo se reduce en las ocasiones gratas y a mí me parecieron minutos) mi primera impresión se enriqueció notablemente pasando del mensaje unilateral de su obra a la cálida e interesantísima conversación que me dejó una sensación de euforia y felicidad que sólo me sucede cuando conozco a una persona fuera de serie. Esta admirable mujer, que desde muy temprana edad reconoció su vocación artística y determinó obedecerla, ha debido recorrer un largo y difícil camino hasta llegar a dominar en forma autodidacta todos los elementos que maneja el buen pintor. De apariencia frágil pero segura, sin poses ni actitudes fatuas, con modales de dama intemporal, habla de su obra y de sí misma con la objetividad de una inteligencia lúcida, exacta, que ni pide ni hace concesiones escudándose en su calidad de mujer. Su continente mesurado contrasta con el nerviosismo de sus manos expresivas y con su mirada vivaz, inquisitiva y analítica